

LA SEMANA MADRILEÑA

REVISTA DE SALONES, TEATROS Y SPORT

Año I.

Madrid 1.º de Enero de 1883.

Núm. 1.º

SUMARIO

Advertencia.—A nuestros favorecedores.—Revista de la semana.—Por seguir á una mujer—Ojeada teatral.—Poesías.—Año nuevo... vida antigua.—Una historia que parece un sueño.—Pasatiempos.—Ecos de la corte.—Anuncios.

ADVERTENCIA

La Redaccion y Administracion se ha trasladado á la calle de la Aduana, núm. 8.

Horas de oficina, de dos y media á cuatro.

Á NUESTROS FAVORECEDORES

Desde las columnas de nuestro periódico enviamos un cariñoso saludo á nuestros suscritores, y les agradecemos en todo lo que vale la proteccion que inmerecidamente nos dispensan.

Esta publicacion procurará ser eco fiel de la elegante sociedad madrileña y aquí encontrarán siempre defensa sus altos intereses.

Tambien saludamos á la prensa en general por su benevolencia para con nosotros, y todos pueden contar con el respecto y gratitud de la

REDACCION.

REVISTA DE LA SEMANA

En muchos y aristocráticos sitios se han celebrado suntuosas cenas en honor de la tradicional Noche-Buena. Figura en primer lugar la celebrada en casa de los Duques de Fernán-Núñez, donde se sirvió un espléndido *menú*, y donde se admiraban los encantos y bellezas de nuestras elegantes damas, hallándose entre los invitados las Duquesas de Alba, Medinaceli, Hi-

jar y de la Torre; Marquesas de Molins, Peñafuente, Torrecilla, Bendaña, Martorell, Bogaraya, Puertoseguro, Alcañices, Hoyos, Vega de Armijo, Puente y de Sotomayor; Condesas de Villagonzalo, Guaqui, Xiquena; Villapaterna, Velle, Castañeda, Valencia de Don Juan; señoras y señoritas de Ferraz, Guzman, Alonso Martinez, Flores-Calderon, Aranda, Quiñones, Torres de Luzon y Roca de Togores; del elemento político se hallaban los Sres. Cánovas del Castillo, D. Venancio Gonzalez, Alonso Martinez y Marqués de Molins. En la cena merecieron plácemes todos los platos, con especialidad *el risotto á la milanese*.

Tambien invitó á pasar la velada en su casa la Duquesa Ángela de Medinaceli. Muchas alabanzas á su mesa y algunas bellisimas poesías leídas á los postres.

Los Embajadores se reunieron á celebrar la festividad en la casa del representante del Rey Humberto.

La Duquesa de la Union de Cuba reunió á varios de sus amigos, entre los que se hallaban la bellisima señorita de Fontanar, de Allende Salazar, Gil, Delgado, Comyn y algunas otras personas.

La salida de la Corte á la iglesia de Atocha para dar gracias por el completo restablecimiento de S. M. la Reina, tuvo lugar el dia 24 con el lujo y magnificencia á que nos tienen acostumbrados nuestros Reyes. S. M. la Reina, bella como siempre, fué recibida con marcadas muestras de simpatía. Lucia un riquísimo traje blanco adornado con valiosas joyas.

S. A. la Infanta Isabel llamó la atencion por su elegante *toilette*; sus augustas hermanas realzaban su belleza con costosos prendidos y preciosos trajes.

La animacion y ruido peculiar estos dias en Madrid no ha sido como otros años; sin duda ha influido en esta falta de buen humor la escasez

de trabajo y el estado de nuestros campos: á pesar de todo, no han faltado zambombas y tambores, que han resonado en nuestros oídos durante toda la noche.

Como regalo nacional y proteccionista, cuéntase el hecho por S. A. la Infanta Doña Isabel á su augusta sobrina la Princesita de Asturias de uno de los mejores Nacimientos expuestos á la venta en la plaza de Santa Cruz.

Final. Muchos anuncios de bailes, reuniones y veladas para el presente mes. En la próxima Revista daremos cuenta de algunos incidentes notables ocurridos en la festividad de los Santos Inocentes.

ERVINA.

POR SEGUIR Á UNA MUJER

La vi en el teatro. Ocupaba el número cuatro de la sexta fila de butacas.

Era encantadora: sus rasgados ojos, la palidez de su semblante, sus negros cabellos, el candor de su mirada, el pequeño pié, que se dejaba ver por debajo de su sencillo, pero elegante traje oscuro, la divina y diminuta mano comprimida por guante de finísima piel, y sobre todo, su microscópico talle, fueron suficientes causas para que me gustase aquella mujer y para que á la salida del teatro la siguiera.

Iba con una señora, no tan elegante; pero también bonita, aunque no tanto como mi desconocida.

Durante el trayecto cometí mil torpezas, que por fortuna no fueron vistas por ella. Encendí un cigarro y prendí fuego á los fósforos de mi caja, ocasionándome una dolorosa quemadura; resbalé á la entrada de la calle del Desengaño dando con mi cuerpo en tierra; y finalmente, mi capa se enredó con el saliente de una tienda y tuve que lamentar un 'descomunal giron. Pero ¿qué me importa todo esto? Yo la sigo y veo que me mira alguna que otra vez.

Al cabo se detienen ante la puerta de su casa; llaman á Domingo, sereno del barrio, para que las abra la puerta, y yo, cual caballero y galante, grito como un energúmeno:

—¡Domingo! ¡Domingo! Aquí, al 10.

Una sonrisa encantadora que me arrebató, anonada, inunda de felicidad y oprime mi cora-

zon de satisfacción, es el premio á mi galantería: entran, y yo cual una estatua aguardo una mirada, una seña que se me pueda hacer desde el balcón. Esta no se hace esperar: la silueta de una mujer se dibuja entre las cortinillas del balcón del piso segundo. Estoy satisfecho, paseo un rato y nada más ocurre.

Me voy á acostar: toda la noche la he pasado soñando en mi beldad. ¿Cómo se llamará? ¿quién será? Estas preguntas me hago, y apenas el rubicundo Febo, como diría un poeta, dora las maderas de mi ventana, salto de la cama, me visto, y en otro salto me hallo frente á la casa de mi amor, pregunto al portero, y mediante cinco pesetas sé que en el segundo vive la señorita Angela. ¡Angela! ¡Dios mío, qué bonito nombre! Entró en un café, la escribo una carta y se me ocurre que nadie mejor que el portero, mediante otra cantidad análoga, podrá hacerme ese favor; lo propongo, y el buen hombre acepta: en mi entusiasmo le doy dos duros y un abrazo.

Hasta la tarde no sabré el resultado; entretanto gozemos. Como en Fornos, paseo en coche, compro todos los periódicos que oigo gritar, rompo el cristal de una fotografía, piso á una anciana, maltrato á un chiquillo, y acompañado de mil desastres entro al fin en la repostería Suiza; restauro mis fuerzas y pienso en el resultado que podrá tener mi carta. El tiempo pasa, y marcho al sitio de mi felicidad. El portero, con mirada risueña, me entrega una carta; me tengo que sostener en la pared para no caer. Febril, anhelante, con la fe y la duda en mi corazón rompo el sobre, que despide un insoportable olor no sé á qué, pero nauseabundo sí, y leo lo siguiente:

«Ca ballo (1)! e leio su garta y le dijo quesi pus io soo y una mujer de frente, i mipa dres tan mien loson. Y anque ustez sea un señorrito en miniendo con guen fin gueno va.

I. el do minjo leespero en la puertadelsol junto á el imperial y luejo imos á ver el glo bo y ayi avlaremos

asta el dominjo»

PASCUALA

¡Horror, crueldad, martirio! ¡Qué es esto, cielo santo! Interrogo al portero, y el buen hombre me dice que Pascuala es la criada del segundo.

(1) La ingrata se había comido el ero.

—¿Pues á noche no fué al teatro la señorita Angela, la que habita ese piso?

—¡Ah! no, señor: quien fué es Pascuala y el ama de llaves, porque la señorita estaba mala y no quiso ir; sino que la tunantona de ella se puso maja y parecia otra.

Salí avergonzado á esconderme en lo más profundo de la tierra, y jure dos cosas: no pasar más por la calle del Desengaño, y sobre todo, no seguir á una mujer.

VOILA.

OJEADA TEATRAL

Más que por necesidad de hacerla hoy, por gusto de anunciar una seccion con este epigrafe, cojo la pluma con el laudable propósito de soltarla pronto.

Si yo fuera crítico, y al decir crítico quiero decir *hombre que puede criticar y que está autorizado por sus condiciones para ellò*, haria á buen seguro una revista dramática de esas que señalan los defectos y las bellezas, las sublimidades y las ridiculeces de las obras estrenadas en el mes de Diciembre, para que sus autores, apreciando mis consejos, no incurrieran en lo malo y se prodigarán en lo buenó. Pero yo soy uno de tantos... Tengo la virtud de reconocerme y no quiero (advierto á Vds. que detesto la modestia que se finge) hacerme pasar como oro de ley, cuando ser *doublé fino* me satisfaria. Voy, por lo tanto, y de esto nadie debe extrañarse, á decir mi opinion, como se la digo á mis amigos, respecto de las elucubraciones del genio, de esas obras dramáticas que pueden ser, tal creo, el huracan que desgaje ante los ojos del público el velo que aún envuelve la inocencia de algunos, ó céfiro suave que entibie las pasiones de varios... mostrándoles en su horror las que acarician, ó sosteniéndoles en la virtud de las que sean virtuosas.

Voy á comenzar por el teatro ESPAÑOL, que es el teatro clásico por excelencia. ¿Qué puedo decir de él?... Allí se bate con valentía heróica el insigne Rafael Calvo, luchando, no sólo con la *maldita suerte del teatro*, sino que tambien con la desigualdad de la compañía. Calvo, Rafael, Calvo, Ricardo, para el que, y no tengo el gusto de haberle hablado una vez sola, tengo un puesto preeminentísimo en mi admiracion; Donato Jimenez y Mariano Fernández... ¡hé aquí los cuatro actores que desempeñan el drama de

D. José Echegaray, mejor matemático que político y mejor poeta que matemático! La señorita Contreras y Doña Mercedes García son las actoras (permitanme Vds. la palabra) del *Conflicto entre dos deberes*. Rafael está... como siempre; Ricardo Calvo, natural y demostrándose cada momento más actor, y Donato y Mariano Fernández trabajando con la conciencia y la verdad á que nos tienen acostumbrados de antiguo. La señora García mejor que otras veces, igual que la señorita Contreras, para la cual indudablemente ha hecho su papel á la medida el eminente autor de *O locura ó santidad*. ¡Qué lástima que esta obra, y bien venga el recuerdo, no figure, como debia, en los carteles de nuestros teatros!... Ella le haria ver al Sr. Echegaray su ingenio supremo llevado á la perfeccion; la lucha humana en toda su naturalidad desgarradora y un titulo justificado hasta lo último. Con ella delante veria que el *Conflicto* deja de serlo en el instante en que Raimundo se decide á tomar un camino, siquiera sea éste el contrario á su deber, y que los pensamientos colosales de *O locura ó santidad* se agigantaban doblemente al ponerlos al lado de algunos de su obra última, que sólo en un arranque de fantasía privilegiada, pueden, como el rayo, *abrirse camino entre el abismo y el cielo*... Pero... no me place seguir por este sendero... Podia tomarse por censura lo que sólo es exposicion de ideas, y de ahora para siempre declaro que nunca me atreveré á censurar á nadie, y mucho ménos á los titanes de nuestro siglo, que se verian profanados con la sola intencion que yo manifestara de subir á ellos.

¡APOLO!—Roto por fin el hielo de una indiferencia injusta, este teatro se ve favorecido constantemente por distinguida y numerosa concurrencia. La última noche tuvimos el gusto de ver entre ella á las familias de Fontanar, de la que es el mejor timbre Carmencita, á la de Belascoain, de Patilla, de San Felices y otras que no enumeramos en gracia de la brevedad.

En Apolo se habian hundido varias obras, á pesar de los esfuerzos hechos por los actores para evitarlo; pero á un ilustrado marino le estaba reservada la gloria de anclar en firme. El Sr. Novo y Colson ha hecho un *tour de force* en su Vasco. Hablar de patriotismo y de grandezas en estos tiempos es recordar la opulencia pasada en dias de miseria, y así y todo se ha hecho aplaudir con justicia. ¿Es él, sin embargo, el único autor del drama? ¡No!... Esta era la voz

general, unánime, mejor dicho, del público del estreno, y sigue siendo la del público de todas las noches. El Sr. Novo tiene un co-autor, el señor Vico. ¡Cuánto siento que me distinga con su cariño! Pero como no pueden aparecer, á pesar de ello, apasionados mis elogios, que ahí está la Academia para afirmarlo y la opinion pública para repetirlo, dejaré consignado aquí, dando satisfaccion á la justicia más exigente, que si Vico no estuviera acreditado como el único heredero de aquella egregia pléyade de actores que yo no he conocido, sólo el *Vasco Nuñez* le daría el cetro de rey de la escena española, digna, por su grandiosa gloria, de que la ocupen personajes de la importancia del inimitable intérprete del aventurero español. Bien lo conoce el decano de nuestros actores, para el que no hay elogios suficientes, y bien demuestra con sus esfuerzos sobrehumanos lo que le entusiasma ver trabajando á su lado un compañero digno de él. De la Srta. Mendoza no hablaremos, porque está como toda la vida en el corto papel que desempeña. La Sra. Marin; cumpliendo como actriz distinguidísima que es.

En la COMEDIA, despues de *¡Sin familia!* obra que acreditaría á su autor D. Miguel Echegaray, si ya no lo estuviera, de notabilísimo poeta, sigue aplaudiéndose y ofreciendo nuevos y merecidos laureles al incomparable cuadro dramático que allí reune D. Emilio Mario. *De todo un poco* es una de las pocas revistas que tienen de todo; y digo esto porque la mayor parte de ellas carecen de sentido comun. La interpretacion, digna del escogido público que frecuenta aquel teatro, y del renombre de los actores. No mencionaremos *La primera postura*, del Sr. Arautiver, ni otras piezas de igual carácter estrenadas en diversos teatros, por gracia á la brevedad.

Igualmente pasamos en silencio los esfuerzos del empresario del teatro Real, porque aunque ahora tambien podriamos hacerlo con justicia, esperamos nuevos motivos para tributarle las alabanzas que se merece.

He concluido, para fortuna de todos los que lean estos renglones escritos á vuela pluma, y espero que en el próximo número tendré ocasion de aplaudir el drama de un ilustrado jóven que espera nuevos aplausos en el teatro de Apolo.

Hasta la próxima se despide de Vds. su atento seguro servidor

ROMAN GOTEJERO.

P. D. Anuncio á todos vientos, que es más que probable que en todo el mes de Enero ten-

gamos *Nieyes*. Ya supondrán Vds. que este es el título de una comedia, debida al talento bretoniano del autor de *Cariños que matan*.

À CELIA

SONETO.

¿Dudar tú de mi amor?... ¿Dudar, impía,
Del cariño sin límites que siento?
¿Cómo no te arrancaste el pensamiento
Antes de hacer traicion á la fe mia?
¿Cómo dudar, infiel, de quien daría,
Al eco sólo de tu grato acento,
Gota á gota su sangre en el tormento
Si el mirarle morir te complacia?
¡No dudes, por piedad; y si no alcanza
A lograr tanto bien la adversa suerte
Que á eterno padecer mi vida lanza,
En un momento en que al llegar á verte
Vuelva á tí de mi amor la confianza,
Dímelo, Celia, y me dará la muerte!

J. M. DE ORTEGA MOREJON.

À CONSUELITO (1)

Ya cercano á mi fin, del cual te aviso,
Acuérdate de un viejo que te quiso;
Y aunque no lo supieras todavía,
Ello es que te quería;
Y entretanto que vive ó no se muere,
Todavía te quiere:
—Y aquí la pluma dejo,
Por no ser machacon á más de viejo.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

AÑO NUEVO, VIDA... ANTIGUA

El pensamiento que encierran las cuatro palabras que á guisa de lema ó epigrafe encabezan estos mal inspirados renglones, es sin duda alguna rigurosamente exacto en la vida de aquellos hombres que, rindiendo al trabajo fervoroso culto y alimentando en su alma como ideal superior el goce de una existencia tranquila y armoniosa, tienen fijados desde los primeros albores de su razon las reglas y preceptos á que han de someter su conducta, y con ésta las exigencias siempre abrumadoras de las condiciones en que cada cual viva y se agite.

Ese mismo pensamiento cabe aplicarlo á

(1) inédito.

aquellos otros séres, hombres por la forma, frutos podridos por la influencia, que pretenden animar hora tras hora, dia tras dia, su atrofiado corazon con el aliento venenoso de pasiones entendidas y aceptadas confusa y torpemente, y con placeres y alegrías á la verdad hipócritas, como dignas hechuras del vicio que tan engalanado y seductor se ofrece siempre. Con dificultad habrá en ellos cambio saludable. Allí donde se hallen serán los mismos, con sus inclinaciones mal encaminadas, con su educacion perversamente dirigida, con su deseo eterno de rasgar el alma en las duras espinas del engaño y el hastío.

¡Cuántos de estos, repugnando alguna vez lo que son y lo que esperan, habrán dicho con aparente energía y en ocasion oportuna: año nuevo, vida nueva! ¡Qué grandes y amargas decepciones habrá padecido su espíritu al observar que el tan loable deseo no prospera, y que la triste realidad de sus ideas acusa con ensañadora ironía que al año nuevo corresponde únicamente la ya antigua vida!

Hé aquí cómo en este punto se tocan extremos bien opuestos, convergen caminos tan separados. Los amantes del deber, los adoradores del trabajo fortalecerán cada vez más sus virtudes, la vida será para ellos siempre hermosa, siempre igual. Los débiles, los subyugados á penosa esclavitud en el mal por el mal mismo, los atentos á la voz del desenfreno de sus pasiones propias alimentarán su fe en el vicio y estimarán cual cosa monótona y pesada la vida, supuesto que las sensaciones de hoy son las de ayer, los goces pretendidos con ansia los ya gustados, y nunca con poder bastante á calmar la sed calenturienta por lo desconocido.

Año nuevo, vida... antigua para los que ven su alma entera y pura.

Año nuevo, vida... antigua para los que no acallan los lamentos de la conciencia y manchan su dignidad á porfía.

.....

Dispensad, amables lectoras y sufridos lectores, estas molestas filosofías, deducidas en buena ó mala hora por la lectura de dos expresivas epístolas, cuyo borrador llegó á mi poder dias hace mediante el capricho y las manos de un muy estimado amigo mio. Este, al entregarme dicho borrador y al excitar mi atencion hácia su contenido, dijome que las referidas cartas fueron escritas por un tal Joaquin Ramirez, jóven de

no escaso talento, nacido y criado en uno de los pueblos más importantes de la provincia de Burgos, y estudiante que fué de la Universidad Central durante algun tiempo, hasta que molestados sus padres por la ausencia del hijo querido, y teniendo muy en cuenta la asiduidad que mostraba el llamado Joaquin para distraerse de los estudios, resolvieron llamarle á su lado y proponerle que aplicara su inteligencia y actividad á los asuntos agrícolas, que tanto habian enriquecido la casa de los Ramirez.

Tambien añade el locuaz amigo que tales historias me relata que, con efecto, el jóven Ramirez marchó á su país natal, y que á los dos ó tres años próximamente de su llegada murió á consecuencia de cierta píldora de plomo que el boticario del pueblo le obligó á tomar como remedio á no sé qué maligna dolencia que contrajo el tal Joaquin, y que llegó á padecer tambien, segun lo murmurado por las honradas gentes de aquellos pacíficos lugares, la mujer del citado boticario.

Ignoro si las dos cartas llegarian á su destino ó quedarian tan sólo para conocimiento y comentario del que leyese el borrador. De todos modos, perdonad la indiscrecion de publicarlas. Conocereis tantas otras redactadas en sentido semejante, que añadir dos más bien poco significa.

La primera, con fecha 31 de Diciembre de 1870, y dirigida por Ramirez, hijo, á Ramirez, padre, dice así:

«Amado padre: Tus continuas y justas reprensiones han hallado eco en mi alma. Reconozco la salud que me han de dar tus advertencias y consejos. Soy culpable por haber desoido tu autorizada voz. Perdóname, que en lo sucesivo seré bueno y, por tanto, acreedor digno al cariño inmenso que me has profesado siempre, y que á Dios ruego no me falte.

»No sabria determinar las causas de mi desordenada conducta. La ambicion noble de ser algo y de ocupar en la sociedad una posicion cómoda y desahogada me hizo abandonar tan dulce compañía y la no ménos amorosa de mi querida madre. Llegué á Madrid con la cabeza llena de levantadas ideas y el corazon alentado por deseos ardientes de trabajar y en el trabajo distinguirme. Mas no sé qué tiene este Madrid de mis pecados. Hay indudablemente algun hechizo en su atmósfera que trastorna el cerebro, algo que enloquece el espíritu, algo que embriaga y arastra la voluntad y brinda con desconocidas

sensaciones. Aquí no es posible tener calma, ni sosiego, ni tranquilidad, ni nada. La vida es un bullicio, un turbulento mar, de cuyas revueltas y encontradas olas erco difícil, casi imposible, resistir los choques. Soy más bien merecedor á tu cénfura.

»¡Créelo, padre mio! El vértigo que se apoderó de mis sentidos al ir conociendo Madrid, al recorrer sus alegres calles, al visitar sus elegantes cafés, al pisar sus fastuosos teatros, al compartir mis gratas impresiones con los queridos amigos y compañeros que conocí en las puertas de las aulas universitarias, me obligó á no poner en práctica inmediatamente tan honrados consejos, las atinadas observaciones de mi madre, los propósitos que de estudiar con aprovechamiento traje de mi pueblo. Hoy me arrepiento de los hechos pasados.

(Se continuará.)

ANDRÉS TORRENTE Y OMEÑACA.

UNA HISTORIA QUE PARECE UN SUEÑO.

Con dirección á Valencia, caminaba en compañía de un amigo querido de la infancia. Solos los dos en el wagon, contemplaba yo admirado la tristeza que en el semblante de Federico se notaba: aquel rostro en que siempre se veía la sonrisa, daba claramente á entender que en su corazón habia alguna pena. Nada me atrevia á preguntarle temeroso de renovar en él algún dolor para mí desconocido; pero adivinando mis pensamientos dijo:

—Me ves triste, ¿no es verdad?

—Cierto que sí—le respondí,—y me extraña que no vele tu faz la sonrisa acostumbrada.

—No te extrañe, no, que triste estoy—me respondí,—y ya que solos caminamos, tú que me conoces y me quieres debes saber la causa de mis penas.

Y sentándose á mi lado comenzó del siguiente modo la relacion de sus pesares.

—Era una tarde tranquila y apacible del mes de Abril; en el despacho de mi casa permanecía absorto en imaginarias reflexiones, cuando la voz cariñosa de un amigo vino á perturbar el éxtasis en que me hallaba.

—Hermosa tarde, Federico—me dijo al entrar,—si tú quieres podemos aprovecharla dando un buen paseo en el Retiro.

Salimos de mi casa por la Puerta del Sol; y

tropezon tras tropezon, encuentro tras encuentro, llegamos á la Puerta de Alcalá confundidos entre la mucha gente que hacía el Retiro se dirigia, ávidos los unos de aspirar el suavísimo perfume de las flores, impacientes los otros con el fin de ver si encuentran á su amada, y alguno que otro buscando distracción á sus pesares. In-sensiblemente íbamos ya aproximándonos al paseo de los coches, cuando variando de parecer mi amigo Carlos, que á pesar de lo distraído que habia ido contemplando á las muchas y bonitas rubias que continuamente pasaban por su lado (y que por cierto no dejaban de agrada-rle), iban ya sintiendo sus piés el efecto del cansancio, me propuso que, girando sobre los talones y no á paso apresurado, deshiciéramos el camino recorrido.

Contento yo con satisfacer mis deseos, nos dirigimos otra vez hácia la calle de Alcalá; pero ántes de llegar á ella no pude por ménos de acortar aún más el paso para contemplar de cerca, no á una mujer, sino á un angel que hallaba en mi camino, y que en la misma dirección que nosotros encaminaba sus pasos. En el instante en que mis ojos se fijaban en aquel rostro tan divino, se veía éste animado por una dulcísima sonrisa que contribuía á dar más encanto á aquellas facciones tan delicadas: ojos negros y expresivos, los labios iguales al carmin en su color, pelo negro y rizoso, peinado caprichosamente, talle escultural y piés tan diminutos cual las manos, era un conjunto de hermosura tal, que podría servir de modelo al más escrupuloso de los artistas; y sobre todo, lo que más llamaba la atención de mis miradas era el color sonrosado de su cutis, y que con sólo contemplar aquel semblante podía comprenderse cuán grandes eran los sentimientos de su alma.

(Se continuará.)

PASATIEMPOS

MANDAMIENTOS

Los mandamientos de la mujer casada son diez:

El primero, amar á su marido sobre todas las cosas.

El segundo, no jurarle amor en vano.

El tercero, hacerle fiestas.

El cuarto quererle más que á su padre y á su madre.

El quinto, no atormentarle con exigencias, caprichos, ni refunfuños.